

AMETRALLADORAS DE INFANTERÍA

(Traducido de la *Revue Militaire Suisse*.)

(Conclusión.)

Los inconvenientes de este sistema son, especialmente, el riesgo de ensuciarse el cilindro, que exige la adopción de una pólvora de combustión rápida, y el calentamiento del cañón, que no se enfría más que por radiación de su superficie aumentada por aletas. Este calentamiento provoca prontamente deformaciones del cañón y, por lo tanto, aumenta la dispersión. Además, las manipulaciones de la ametralladora no son cómodas. La principal ventaja del sistema es la supresión del aprovisionamiento de agua, que no siempre se puede encontrar en todos los terrenos, y el vapor que aparece después de largas series.

En *Italia*, todos los regimientos de infantería y de bersaglieri, los batallones alpinos y los regimientos de caballería, han recibido, á partir de 1899, una sección de dos ametralladoras Maxim. El material se carga en animales de baste, parecidos á los empleados en Francia. Las secciones de los regimientos de caballería están organizadas como las ametralladoras de caballería suizas.

Austria ha dotado sus regimientos de infantería, sus batallones de cazadores y sus brigadas de caba-

llería, de secciones (*Abteilugen*) de ametralladoras. En la infantería de campaña y los batallones de cazadores, las secciones tienen dos máquinas; en la caballería y los regimientos de montaña, cuatro piezas repartidas en dos secciones.

Las secciones afectas á la infantería transportan su material sobre caballos de baste (los oficiales van montados); en la caballería la organización es análoga á la de la caballería suiza.

El material es del sistema Schwarzlose. Es una ametralladora de cañón fijo con enfriamiento por manguito de agua. Se las ha añadido un escudo que necesita un caballo más para su transporte.

En *Inglaterra* las ametralladoras están repartidas á razón de una sección de dos máquinas por batallón de infantería. Los batallones de infantería montados y los regimientos de caballería disponen de una sección, que comprende una ametralladora Maxim y un cañón automático de 3'7 cm. de los llamados *Pom-pom*. Las ametralladoras están montadas en un afuste ligero de dos ruedas para la marcha, y para el tiro son arrastradas por un caballo conducido por un hombre á pie en la infantería y por un jinete en la caballería y la infantería montada.

Inglaterra utiliza sus ametralladoras según principios diferentes que los de los otros ejércitos continentales. El empleo de la ametralladora aislada es la regla general, y se considera la sección de las máquinas como unidad de fuego. El fuego de las ametralladoras se emplea á grandes distancias, fuera de las líneas de infantería (lo que se explica por la gran vulnerabilidad de sus ametralladoras sobre ruedas, á pesar de los escudos). Parece que la táctica de las ametralladoras inglesas está influida todavía en los errores que produjeron el descrédito de estas armas en 1870-71 cuando se confundió su acción con la de la artillería.

Rusia posee, próximamente, 120 compañías de ametralladoras, parte de ellas enganchadas y parte á lomo. Estas compañías están repartidas en número variable en las divisiones y las brigadas de tiradores. Las secciones de ametralladoras á caballo (*Komandos*), en número de 35, están afectas á un regimiento de cada división de caballería.

El material de las compañías se compone de diferentes modelos, con particularidad el Maxim, sobre ruedas y á lomo.

Las secciones montadas, por el contrario, están dotadas del fusil ametrallador Madsen, llamado también Rexer ó Rekil, de invención danesa. Es un arma ligera (8'2 kg.), de cañón movable y de enfriamiento por radiador (sin agua). Su velocidad máxima es de 180 disparos por minuto. El tiro se hace á brazo, con el arma apoyada sobre una horquilla ó un apoyo natural. El principal inconveniente de este arma es, como para todos los sistemas sin agua, el rápido calentamiento del cañón.

En el *Japón* las ametralladoras no existían al principio de la guerra, más que en algunos regimientos de caballería. Durante la guerra, el número de ametralladoras fué aumentado á 320 (modelos Maxim y Hotchkiss modificado). Al principio, los japoneses enviaban al fuego compañías enteras de seis piezas; más adelante fueron empleados por secciones y, algunas veces, por piezas aisladas en los batallones.

El modelo oficialmente adoptado es un Hotchkiss perfeccionado, pero las antiguas Maxim aún continúan en servicio. Cada batallón de infantería y cada regimiento de caballería dispone, ó dispondrá, de cuatro ametralladoras sobre caballos de baste.

* * *

Resulta de este corto estudio de la organización de las ametralladoras en los principales ejércitos, que: 1.º, el sistema adoptado por Suiza para su caballería ha sido imitado por varias naciones (si otras han dotado á su caballería de ametralladoras enganchadas, ha sido por economía de caballos y no porque este procedimiento sea mejor); 2.º, la organización de las ametralladoras de infantería suizas reúne las ventajas de casi todos los sistemas actuales, especialmente desde el punto de vista del transporte; 3.º, nuestro ejército dispondrá, una vez el grupo formado al completo en cada división, de un número de ametralladoras inferior al que se considera como necesario en la mayoría de los ejércitos (dos por batallón). Este último punto no es tan grave como se podría creer; la movilidad muy grande puede, en parte, suplir al número. Sin embargo, es de esperar la eventualidad de un aumento de las unidades actualmente creadas, ó, tal vez, la introducción además de ellas de secciones más íntimamente ligadas á los cuerpos de tropa de infantería.

Empleo de las ametralladoras.

Se llama, con bastante razón, á las ametralladoras, la infantería condensada. Esto es exacto, porque estas máquinas proporcionan fuegos de infantería en grandes cantidades sobre frentes muy estrechos y con una gran precisión. Pero es necesario ver en las ametralladoras algo más que la infantería. Es un arma especialmente apta para ciertos empleos, que llena mejor que la infantería, pero pierde esta superioridad en ciertas situaciones.

El afuste tripode, ó el trineo alemán, permiten una utilización del terreno tal, que las ametralladoras no ofrecen un blanco mayor que los tiradores. Es, pues,

posible reforzar casi hasta el infinito la potencia de fuego de una línea, intercalando en ella las ametralladoras. Hay, sin embargo, un límite al empleo de la nueva arma: la imposibilidad de seguir el ataque de la infantería al mismo aire, y sobre todo, la dificultad del municionamiento.

Las ametralladoras pueden avanzar por saltos, pero estos saltos son más lentos que los de la infantería y su preparación exige más tiempo. Además, durante la marcha hacia adelante, los hombres cargados pesadamente se mueven lentamente y aumenta su vulnerabilidad.

No es posible, pues, pensar en incorporar íntimamente las ametralladoras á pequeñas unidades de infantería. Aquéllas deben formar fuerzas distintas á disposición de los comandantes de regimiento, ó, por lo menos, para ciertas misiones especiales, á las órdenes de los jefes de batallón.

En la *defensiva* las ametralladoras encontrarán, generalmente, su plaza en la línea de fuego, en los puntos más vulnerables y aun delante de esta línea como flanco. Los puntos de apoyo verán su densidad de fuego considerablemente aumentada; por lo tanto, aquéllos podrán ser de dimensiones más reducidas, satisfaciendo, sin embargo, á su misión.

De noche las ametralladoras facilitan grandemente la defensa de posiciones preparadas. Mientras que el establecimiento de baterías de fusiles exige mucho tiempo y material, las ametralladoras no tienen más que ponerse en posición por el día, repartiéndose el frente que se ha de batir, limitando su dispersión lateral; pueden estar dispuestos á romper el fuego á cada instante, sin necesidad de iluminar el blanco.

Además del refuerzo de los puntos de apoyo y el flanco, se dará como misión á las ametralladoras tomar, bajo sus fuegos, los desfiladeros, los ángulos

mueritos y los obstáculos. Serán muy útiles para sostener un contra-ataque.

Se citan en la guerra ruso-japonesa ejemplos, ataques detenidos á 200 y 300 m. de la posición enemiga por el fuego súbito de las ametralladoras, reservadas hasta este momento. El efecto de su fuego es terrible á estas distancias. Sería un error emplearlas á grandes distancias sobre líneas poco profundas; el resultado no estaría en proporción con las municiones consumidas.

Aunque parezca extraño, la ametralladora es especialmente el arma de las distancias cortas y de los grandes objetivos. Su precisión no es tal que se pueda permitir un consumo de 600 cartuchos por minuto sobre líneas de tiradores echados á distancias de 1.500 y 2.000 m.

Las ametralladoras tienen un efecto moral tan grande como su efecto material, impidiendo que avancen los tiradores y obligándoles á echarse en tierra.

Mientras que los fusiles-ametralladoras y las ametralladoras muy ligeras, con algunas mejoras, serán el arma por excelencia del ataque, las ametralladoras actuales despliegan su efecto máximo en la defensiva.

Esto no quiere decir que no tengan valor como sostén de la infantería en la *ofensiva*. Avanzarán paralelamente con los tiradores, sin seguirlos en todos sus saltos, pero buscando las ocasiones de ganar terreno á cubierto y disparando por encima de las líneas de infantería. Obligan al enemigo á abrigarse, haciendo, por lo menos, un fuego poco eficaz y favoreciendo el aporche de su propia infantería.

Desde la última posición que puedan alcanzar sin exponerse inútilmente, sostienen los últimos saltos de su infantería mediante un fuego mortífero. Este fuego se continúa hasta el momento en que no se puede dañar al enemigo sin poner en peligro á los asaltantes.

Este momento es aquél en que las líneas del asalto llegan á algunos metros del enemigo. El haz de las ametralladoras está tan agrupado que se puede llegar hasta el límite teórico de la zona peligrosa. Los ejercicios hechos en tiempo de paz han demostrado que la tropa se da cuenta perfectamente de la seguridad de tiro de estas máquinas y no titubean en avanzar contra blancos de campaña, mientras que los proyectiles de las ametralladoras silban á 1 ó 2 m. sobre sus cabezas.

En el momento en que ya no son útiles para sostener el asalto, las secciones de ametralladoras preparan un salto hacia adelante, y cuando la posición es tomada se precipitan á ella para contribuir á la persecución é impedir un contra-ataque ofensivo.

Esta es una de las situaciones en las que se puede apreciar más la ventaja de un medio de transporte rápido. Durante toda la preparación del asalto, las ametralladoras generalmente serán transportadas á brazo, desmontadas y por saltos rápidos, ó montadas para los cambios de posición á corta distancia y desfiladeros, mientras que los carruajes ó animales de baste seguirán á corta distancia, procurando cubrirse. En nuestro terreno será frecuentemente posible conducir estos elementos bastante cerca de las ametralladoras por caminos cubiertos, para que, en el momento del asalto, se pueda cargar el material y llegar al galope en tiempo útil á la posición conquistada.

En el ataque preparado de una posición fortificada, las ametralladoras tendrán misiones diferentes. Se discute todavía la cuestión de saber si deben ser empleadas desde el principio ó ser guardadas de reserva. Es probable que no se podrá nunca establecer una regla sobre este asunto; pero se las conservará en reserva si se prevé la necesidad de un esfuerzo violento sobre un punto todavía indeterminado, y se

las empleará en seguida si no se prevé aquella necesidad. En este caso constituirán sencillamente un refuerzo de la línea de fuego sobre todo su frente.

Un japonés, el capitán Takenocuchi, en una conferencia de que han dado cuenta varias revistas militares, cita casos en que estas dos maneras de proceder han dado buenos resultados durante la última guerra.

En Moukden, el 24 de Febrero, las ametralladoras, repartidas sobre todo el frente de un regimiento, hicieron su ataque posible é impidieron que el enemigo tirase eficazmente.

El 1.º de Marzo, por el contrario, las ametralladoras de toda una división se reunieron contra una granja china, organizada como punto de apoyo de los rusos. Cuando las ametralladoras disparaban, el fuego enemigo cesaba para reproducirse cuando se callaban. La infantería japonesa pudo avanzar por saltos durante las ráfagas de las ametralladoras y tomar la posición.

En estos dos casos, parece que las ametralladoras han obrado, más por su efecto moral que por su efecto destructor. Sin embargo, si su fuego no fuese terriblemente eficaz, su efecto moral se reduciría bien pronto á la nada.

El proyecto de reglamento para nuestras ametralladoras de infantería determina de manera clara y precisa los principios que deben regir su empleo sobre el campo de batalla.

Los grupos de dos ó tres compañías son una reserva á disposición del comandante de la división. Se debe tratar de emplearlos completos, por sorpresa, y en acciones de corta duración, sobre puntos importantes. Son menos á propósito para el combate prolongado á causa del consumo de municiones. Se permite el fraccionamiento del grupo en compañías, pero está prohibido destacar piezas sueltas.

El Reglamento dice que se podrán emplear las ametralladoras contra las líneas delgadas á grandes distancias, si la situación táctica lo exige, y sin tener en cuenta el consumo de municiones.

El tiro sobre blancos preparados, siendo mucho más favorable, se procurará alcanzar á los tiradores por el flanco. También aquí la gran movilidad será una ventaja inapreciable.

En el combate de encuentro, las ametralladoras, colocadas á la cabeza del grueso de la vanguardia, procurarán tomar bajo su fuego al enemigo. Si el enemigo se ha adelantado en el despliegue, atacarán á lo más peligroso, es decir, á las líneas de tiradores. Cuando la vanguardia haya realizado su misión especial, se volverán las ametralladoras á su situación de reserva á disposición del jefe superior.

En el ataque contra un enemigo en posición defensiva, el Reglamento recomienda que no se empleen desde el principio, puesto que entonces el defensor no ofrece más que blancos reducidos. Se los conservará en reserva hasta el momento en que se los enviara á provocar la decisión. Sin embargo, podrán tomar bajo sus fuegos los objetivos favorables cuando encuentren ocasión.

Para la decisión se debe procurar llegar lo más cerca posible del enemigo con las municiones completas. Será posible á un jefe hábil—dice el Reglamento—conducir sus ametralladoras, de día ó de noche, hasta cerca de 500 m. del enemigo. Allí quedarán sosteniendo el avance de la infantería hasta que ésta aborde al enemigo á la bayoneta. A 500 m., basta una diferencia de 3 m. de altura entre el blanco y las propias líneas para que estén en seguridad, á condición de que las ametralladoras estén en terreno sólido.

En la defensiva, el proyecto de reglamento recomienda también mantener las ametralladoras en re-

serva, en lugar de repartirlas de antemano en los sectores. Esto no quiere decir que no se las pueda emplear al principio de la acción contra blancos favorables, ó cuando el objetivo del combate es ganar tiempo.

Insiste también sobre el hecho que el jefe que tiene el valor de esperar hasta el último momento para emplear sus ametralladoras y á muy corta distancia, está seguro del éxito.

En la persecución, la movilidad de nuestras compañías permite emplearlas en grande escala, especialmente sobre los flancos del enemigo en retirada y en las posiciones de despliegue.

En la retirada, si ésta es voluntaria y preparada, se enviarán las ametralladoras á ocupar posiciones de repliegue. Si la retirada es involuntaria, impuesta bruscamente por el enemigo, se retirarán paso á paso con la infantería y se sacrificarán por ella.

El proyecto contiene dos puntos que deberán figurar también en los reglamentos de las diferentes armas para evitar equivocaciones. Todo escalón de municiones de infantería debe enviar á las ametralladoras carros completos al primer pedido. Unicamente de este modo será eficaz el aprovisionamiento de municiones. Las pérdidas del personal de las ametralladoras son reemplazadas en caso de necesidad por los suboficiales, oficiales y conductores y, por último, con soldados de otras armas. Todas las tropas están obligadas á suministrar personal en el momento en que se lo pidan.

Se ve en este corto resumen que nuestro Reglamento asigna á las ametralladoras como papel principal la sorpresa por el fuego, la acción violenta y corta sobre objetivos agrupados ó muy aproximados. No admite más que, como excepción, su colaboración íntima en el combate de la infantería, que preconizan los reglamentos extranjeros.

Esto no es una cuestión de principios. Si nosotros tu-

viésemos un número mucho mayor de estas máquinas, se entregarían algunas á los regimientos de infantería, conservando una reserva de división. Por el momento se ha creado un grupo de 12, y más adelante se aumentará á 18 por división; esto es muy poco si se han de repartir, y bastante si se las conserva en reserva para enviarlas rápidamente á donde sean necesarias.

No es solamente el gasto de dinero lo que hace dudar de aumentar el número de las unidades de ametralladoras, sino también el temor de privar á la infantería de sus más valiosos elementos, tanto más cuando su reclutamiento sufre cada día más la concurrencia de las armas especiales.

Se ha visto, pues, que nuestra infantería está dotada de ametralladoras organizadas de manera de obtener el máximo efecto exigible. Nos falta todavía una cosa de gran importancia para que presten los servicios que hay derecho á exigir de ellas: el conocimiento á fondo de su manera de obrar por parte de los jefes que han de utilizarlos. Durante tres días de maniobras se ha podido ver, el otoño último, que este conocimiento era todavía rudimentario.

La orden que el oficial de ametralladoras recibe del jefe del cual depende, debe indicar claramente el objetivo que ha de alcanzar, pero no debe (salvo excepción motivada por circunstancias especiales) imponérsele los medios para llenar su misión. El jefe de un destacamento de ametralladoras tiene el deber de informar á su jefe de cuándo es posible el empleo de su unidad. Permanece al lado de su jefe y le sirve, por decirlo así, de consejero técnico.

Una orden tal como esta: «El regimiento ataca el pueblo de***, el batallón A á la derecha de....., el batallón B á la izquierda, el batallón C en reserva detrás del centro; la compañía de ametralladoras sostiene un ataque», es insuficiente.

El coronel del regimiento tiene á su disposición al jefe de las ametralladoras y puede discutir con él acerca del mejor empleo de su tropa, y la orden que debe dar será: «Quiero ser sostenido por las ametralladoras en tal ala», ó «las ametralladoras dirigirán sus fuegos sobre tal punto de la defensa, donde pienso dar el ataque principal».

Una orden, también defectuosa, será la siguiente: «El comandante de la compañía de ametralladoras destaca una sección á tal batallón y una pieza á la cota 818 para batir tal desfiladero; el resto de la compañía tomará posición en el límite del bosque A, enfrente de la granja B». El oficial que recibe esta orden no tiene ninguna acción sobre su compañía, se convierte en una persona inútil y, sobre todo, las subdivisiones de ametralladoras, destacadas de esta manera, participarán de la suerte de las unidades de infantería próximas, y la unidad de la compañía queda rota largo tiempo.

Es imposible fijar esquemáticamente la forma de estas órdenes, y es evidente que los jefes de infantería no las darán de manera impecable hasta que hayan conseguido suficiente experiencia. Quisiéramos insistir todavía más sobre el hecho de que se debe indicar de la manera más precisa posible el objetivo que se ha de realizar, pero que se ha de intervenir también lo menos posible en la elección de los medios para la ejecución.

No nos queda más que desear á los jefes de infantería y á los oficiales de ametralladoras frecuentes ocasiones de trabajar juntos. Únicamente con un contacto permanente es como se establecerá la recíproca comprensión indispensable para obtener de las ametralladoras en campaña su máximo rendimiento.

LAS CAUSAS DE LOS DESASTRES TURCOS

POR EL

FELDMARISCAL BARÓN VON DER GOLT.

(Traducido de la *Internationale Revue über die gesamten Armeen und Flotten*)

I.

(*Neue freie Presse.*)

Berlin, 29 de Noviembre de 1912.

Hasta ahora no he respondido más que con el silencio á los que me pedían mi opinión respecto á los desastres turcos ó á la marcha probable de la campaña de los Balkanes. Voy á dar mis razones en las líneas siguientes, pero haciendo observar que todavía no ha llegado el momento de decirlo todo.

El ataque de los Estados balcánicos sorprendió á Turquía en el momento más inoportuno. No estaba dispuesta para una guerra seria y general sobre las fronteras de su territorio de Europa; en realidad no podía estar dispuesta.

Cuando yo dejé el servicio del imperio otomano, en 1895, su ejército se reclutaba por una conscripción general y legalmente ordenada, pero no prácticamente ejecutada, que se extendía sobre todos sus súbditos mahometanos. La fracción que se encontraba sobre las armas, es decir, los soldados de línea, tenían la

mayoría de las veces que restablecer el orden, tan frecuentemente amenazado en el interior, y parecía más una tropa de policía que un ejército regular de los tiempos modernos. El sultán Abdul-Hamid prohibía toda maniobra y todo ejercicio de campaña y, especialmente, los ejercicios de tiro de la artillería y de la infantería. Las tropas estaban reducidas á desarrollar ejercicios elementales en pequeñas unidades en los cuarteles.

Este estado de cosas duró todavía trece años después de mi marcha, hasta que los grandes trastornos de 1908 abrieron el camino á una vida militar apropiada á las exigencias modernas. Entonces es cuando empezó el servicio regular, estableciéndose con tanto celo como éxito. La nefasta revolución de 1909 vino á interrumpir el desarrollo normal, destruyendo casi todo lo que se había conseguido. En el verano de 1909 se empezó de nuevo sin desanimarse. Así, pues, al comienzo de la guerra actual, el ejército turco se puede decir que sólo tenía tres años de existencia. Aun en un desarrollo absolutamente tranquilo, un tiempo tan reducido no basta para formar un ejército propio para la guerra. En el espacio de tres años no se pueden constituir más que tres contingentes de soldados; es un hecho indiscutible y bien sencillo y, sin embargo, ninguno de los que llenan al ejército vencido de ironías y censuras se ha detenido en considerarlo. Si las reservas y la territorial (*redif*) y aun la *landsturm* (*musta hosis*) no conocían el fusil que se les entregaba, la cosa se explica, porque ellas proceden de la época hadmidiana. El alistamiento de los no mahometanos jugó un papel menos importante que el que se le ha querido dar; su número en las tropas móviles estaba por debajo del 10 por 100.

Si Turquía se hubiese beneficiado de un período de paz estos últimos años, la reorganización de su ejérci-

to se habría podido efectuar poco á poco, pero no acabarse tan pronto; pero los disturbios incesantes, las revoluciones, las complicaciones de guerras no han cesado de interrumpir todo el trabajo emprendido. No ha habido nunca una incorporación de reclutas que se haya efectuado en el tiempo debido. Soldados casi formados convenientemente y que hubiesen podido contribuir á la instrucción de los nuevos reclutas eran sacados de los cuerpos y enviados para completar los ejércitos del Yemen y de la Albania. Se les reemplazaba con reclutas, y los oficiales recomenzaban su tarea.

Ahora bien; el número de éstos con relación á las exigencias del servicio moderno era muy reducido. Á consecuencia de las leyes de retiro, excesivamente favorables, gran número de oficiales de buena edad habían abandonado el servicio activo. También falta un cuerpo de suboficiales que hubiesen podido reemplazar á los del empleo superior. Las escuelas militares, por elevado que fuese el nivel que habían alcanzado, no pudieron llenar rápidamente estos servicios.

Sin embargo, se ha trabajado bravamente. Fué preciso empezar por dar uniforme al ejército entero. Á pesar de la mala situación económica, los aprovisionamientos de armas y de municiones se completaron y aumentaron. El equipo de campaña se renovó casi por completo. Á fin de compensar la falta de oficiales, se formó un cuerpo de oficiales de reserva. Los oficiales que, á consecuencia de un periodo de treinta años de inactividad forzada, habían perdido los hábitos militares, pero que aún permanecían en el ejército, fueron instruidos de nuevo en cuerpos especiales. Estos son los que han prestado excelentes servicios. Se servían de regimientos modelos para propagar en las tropas todo el conocimiento del servicio moderno. Desgraciadamente no pudieron conseguir su objeto;

la necesidad obligaba á menudo á emplearlas en otras misiones. Por otra parte, sus esfuerzos no eran más que los primeros intentos, que exigían tiempo para perfeccionarlos. Y á todo esto se añade una distribución completamente nueva del ejército á través del Imperio entero, que fraccionó las unidades existentes y aun los batallones para formar otros nuevos. Fué materialmente imposible perfeccionar esta organización durante los dos años transcurridos desde su aceptación por el Parlamento. Esto ocasionó dificultades grandes en la movilización.

El ejército turco, tal como entró en campaña contra los Estados balcánicos, era un ejército de reclutas, ó si se quiere, una milicia que no representaba el núcleo de un ejército moderno. Esta es la primera y la más importante razón de los desastres. Aun los batallones de línea (*Nizam*) no tenían más que una quinta parte de los soldados verdaderamente hechos; los hombres de la territorial constituían otras dos quintas partes y dejaban mucho que desear; las otras dos quintas partes las constituían reclutas. No se podía cambiar nada por el momento. Los términos de decadencia, embrutecimiento, envilecimiento, corrupción y otras desagrables denominaciones que se han vertido sobre el desgraciado ejército no tienen ningún fundamento. ¿Quién no ha leído en nuestras publicaciones de estas últimas semanas el «estado deplorable» de las fortificaciones de las líneas de Tchataldja? Ahora bien; esta censura se podría comparar á la que se podría hacer al Gobierno de Alemania por haber dejado cayesen en ruinas los fuertes de Solberg, Schweidnetz ó Neisse. Tchataldja, desde hace tiempo, había sido borrada de la lista de las fortificaciones que había que conservar, por la buena razón que su artillería podía prestar mejores servicios en Andrinópolis.

Hay medios de conseguir buenos resultados aun con tropas de reclutas. La guerra de Secesión de América lo ha probado. Pero para ello hay que disponer de una dirección de la guerra conveniente. Es preciso no querer pedir á los reclutas la ofensiva durante la mala estación á través de un país sin caminos, con un aprovisionamiento defectuoso y algunas veces nulo, y esto enfrente de un ejército más fuerte numéricamente, que ha dispuesto, no de tres años, sino de veinticinco años enteros para prepararse seriamente y dar instrucción á sus soldados. Ya se vió lo que fué de los guardias móviles de Francia durante el invierno de 1870-71.

Todo esto era bien conocido en el ejército turco. Á consecuencia de la naturaleza del país la movilización y la concentración tenían que ser necesariamente más largas que en Bulgaria. Era preciso permanecer muy lejos de las fronteras. Así, pues, los razonamientos más elementales condujeron á la idea de reunir en posiciones fortificadas entre Saraj y Mouradli, detrás de la corriente superior del Eryene-Dere las tropas designadas para la Thracia en caso de guerra.

Y la elección de este emplazamiento se explica por la configuración natural del terreno, puesto que por el ferrocarril que marcha á todo lo largo con las cuatro estaciones de Tcherkeskey, Corfú, Mouradli y Seidler podía servir de camino de etapas, lo que simplificaría admirablemente el servicio de aprovisionamiento y de municionamiento. Los refuerzos podrían llegar por las dos líneas de Constantinopla y de Rodosto. El ejército podría con toda calma disponerse para las operaciones.

Más hacia adelante, en dirección de la frontera, no se debían tener más que tropas de vanguardia para retrasar la marcha del enemigo á lo largo de los nu-

merosos y pequeños afluentes entre el Istrandza-Dagh y el Ergene-Dagh.

El asedio de Andrinópolis debía ocasionar un debilitamiento de los asaltantes búlgaros, cuyos enlaces con la retaguardia y los medios de aprovisionamiento cada día serían más difíciles, debiendo atenuar la violencia primera del ataque y proporcionar á los turcos las probabilidades de rechazarlo.

En seguida llegaría el momento de pasar á la ofensiva, habiendo adquirido la firmeza interior. Es cierto que entonces quedaría la eventualidad de ver á los búlgaros obrar con más prudencia, no atacar á Andrinópolis, sino únicamente asegurar el sitio por posiciones bien guardadas. Pero todo esto hubiera dejado á los turcos el tiempo necesario para que llegasen las tropas de las provincias y adquirir la superioridad numérica.

Pero todos estos planes dependían de Andrinópolis. ¿Podía mantenerse la fortaleza mucho tiempo sin refuerzos de fuera?

No estaba todavía en estado de defensa cuando se hizo la prueba en las maniobras de 1910. Desde entonces se continuaron las obras de restauración y terminación de las antiguas fortificaciones.

Se podían concentrar de 120.000 á 130.000 hombres en Ergene-Dere, posición que se la puede designar brevemente la de Corbe.

En Macedonia, las cosas eran menos favorables. La movilización de las fuerzas era más penosa. La reunión debía hacerse detrás del territorio de Istip, donde se quería instalar un campo fortificado para la protección de las tropas. Las carreteras de Kustendil, de Kumanoire y de Ueskub se reúnen en Istip. Allí es, pues, donde más fácilmente se podían tener los medios de detener la marcha de los serbios y de los búlgaros.

Las fronteras griegas y las del Montenegro necesitaban disposiciones especiales. Por lo tanto, donde se esperaba una fuerte supremacía numérica del enemigo era en el Oeste del teatro de la guerra.

Yo no podré asegurar si, en realidad, estos proyectos han sido más tarde la base de los planes de operaciones. El campo de Istip no llegó á instalarse.

Ciertamente que al comenzar las hostilidades, se hizo de una manera muy diferente y se tomó la ofensiva en Thracia con tropas muy débiles en número y muy poco instruídas, mientras que en Macedonia se quiso resistir muy cerca de las fronteras. Sería injusto echar la culpa á ciertos jefes del ejército. A excepción de Mahmoud Schefket Pachá, el salvador del imperio en 1909, que no se le dió ningún mando, los Generales más notables han sido puestos á la cabeza de las tropas. Otros no habrían tenido más éxitos que ellos. El plan primordial, que fué nefasto, fué querer tender á un objetivo muy considerable con medios insuficientes. No cabe duda que la ofensiva es garantía del éxito. Sin embargo, la entrada en acción depende de las circunstancias. Es preciso que el General escoja el momento oportuno. Para elevar el espíritu de fuerzas bisoñas es preciso un éxito primero que les dé confianza en ellos mismos. Si se hubiese dejado al ejército de Thracia en sus posiciones fortificadas de Corbe, al Norte de la vía férrea, es probable que hubiese sucedido allí lo que ha pasado en las líneas de Tchataldja, sin que los defensores hubiesen sido diezmados y quebrantados por dos derrotas sucesivas. El ataque búlgaro habría alcanzado su puesto culminante y habría sido detenido allí, y la ofensiva turca habría tenido éxito.

Estas fueron las razones principales para las primeras desgracias de los ejércitos turcos desde el punto de vista militar. Otras causas generales vienen á

añadirse, y explican los fenómenos accesorios tan sorprendentes como lamentables.

La revolución de 1908 saltó toda una generación. En el tiempo de Hamid, los jefes estaban extraordinariamente vigilados; les era preciso mantenerse alejados de sus tropas, las cuales no les conocían y ellos no podían estar al corriente de sus necesidades. Éstos no son mis antiguos discípulos, sino los alumnos que ellos tuvieron á su vez, que desempeñaron papeles activos (jóvenes de los grados inferiores). Éstos fueron los que fraguaron la conjuración y los que laboraron sus reivindicaciones para la dirección de los negocios del Estado y de los asuntos del ejército; de aquí provino la falta de autoridad de los jefes superiores. Habrían sido precisos muchos años para restablecer el respeto. Una ley de reglamentación de los grados del ejército, y que el Parlamento promulgó en 1909, contribuyó aún más á debilitar aquel respeto. Queriendo evitar toda parcialidad y suprimir el favoritismo, se reducía el tiempo que se debía pasar en cada grado, y las cuestiones de ascenso eran un problema sencillito de cálculo. Todas las jerarquías del tiempo de Hamid fueron echadas á tierra, y esta experiencia dió los resultados más extraños. Los Generales más aptos y cuyos ascensos fueron rápidos, fueron borrados de los puestos más importantes del ejército, así como también los que habían hecho su carrera por el favor. Hombres, por el contrario, con los que nunca se había contado, que no tenían dotes de ninguna clase ni estaban bien preparados, adquirieron un derecho legal para los mandos superiores. Si se hubiesen colocado en algunos elevados puestos personalidades prestigiosas, la dirección de la campaña no habría sido tan deplorable como lo ha sido. En la guerra, la subordinación y el espíritu de obediencia son las bases del éxito.

El Estado Mayor turco posee una instrucción militar moderna y extensa, pero es toda teórica é inclinada al doctrinarismo.

La teoría de la guerra de hoy exige como útil tropas bien organizadas. Y el ejército turco actual no respondía á esto.

Las órdenes de división y de cuerpo más perfectas no pueden asegurar la victoria, porque si de los de abajo nadie comprende bien el sentido, su realización necesariamente ha de ser imperfecta. Esta ha sido una de las causas mayores del mal.

Una profunda necesidad de paz, muy explicable, si se piensa en todos los esfuerzos que se habían exigido á este pueblo, contribuyó á preparar la catástrofe. La reorganización del ejército turco exige una larga época de calma. Ni los Gobiernos ni Abdal-Hamid creyeron en la posibilidad de una próxima guerra. La diplomacia parecía asegurar una paz duradera.

Estas consideraciones reunidas explican cómo tres semanas antes de la ruptura de las hostilidades, el Gobierno turco pudo enviar á sus hogares el contingente de todo un año del ejército activo y las divisiones móviles de los Redifs, que Mahmoud Scheffet Pachá había conservado prudentemente sobre las armas, bajo el pretexto de emplearlas en rechazar los desembarcos italianos sobre las costas turcas.

Cuestiones de política interior, especialmente las relativas á elecciones, entraron también en juego, lo que es siempre perjudicial para los asuntos de la guerra.

Además, la tranquila confianza en que se dormía Turquía fué pronto desvanecida. Desde hace más de quince años se creía firmemente en Constantinopla que Rumanía ayudaría á Turquía si ésta era atacada por Bulgaria. No sucedió así. Un desengaño nunca

viene solo. No es posible desenmarañar la madeja diplomática de estos últimos meses, y únicamente el porvenir aclarará estos asuntos.

He aquí las causas del desastre que tan inopinadamente ha caído sobre Turquía. La degeneración y la decadencia nada tienen que ver; eran todavía mayores en los tiempos pasados. Es repugnante oír las injurias lanzadas á la joven Turquía después de sus desgracias, describiendo su situación con los tintes más sombríos, mientras que hasta ahora sólo se habían tenido para ella elogios exagerados. Esto demuestra elocuentemente el valor que se puede dar á los juicios de los contemporáneos.

La excesiva admiración de sus victorias de 1908 hizo á la joven Turquía demasiado vana, y segura de ella misma, echó las bases de mezclarse el cuerpo de oficiales á la política, lo que debía ocasionar la disgregación del ejército.

La lección ha sido dura. No ha sido merecida más que en parte. Tal vez puedan servir estas desgracias para en el porvenir realizar la unidad interior. Entonces el imperio otomano, reducido, es cierto, pero solamente el verdadero núcleo de su fuerza podrá proseguir su regeneración, y los Estados que aprovecharon tan inexorablemente su debilidad momentánea, la encontrarían más poderosa que nunca.

II.

(*Deutsche Zeitung.*)

Al final de un artículo publicado en el último número de la *Deutsche Zeitung*, donde se discuten los desastres de la joven Turquía, el feldmariscal von der Goltz responde una vez más á los ataques dirigidos contra él.

El feldmariscal dirige una ojeada retrospectiva á la época de su actividad en Turquía: «En 1895, con el ánimo entristecido abandoné el ejército turco, en el que había servido doce años y medio, al cual tomé cariño, á pesar de todas las dificultades que encontré en los asuntos militares por la desconfianza del Sultán. De 40 á 52 años adquirí verdaderas amistades: gran número de las personas que han tomado parte activa en el último gran drama eran amigos míos, varios de ellos fueron mis discípulos.» Von der Goltz fué nombrado inspector de la Escuela Militar, y recibió después de la guerra serbo-búlgara, en el verano de 1883, el nombramiento de subjefe del Estado Mayor: «Pero este destino no era independiente y no tenía gran importancia. Al mismo tiempo fui encargado de elaborar un proyecto de reformas, en colaboración con el General Mouzzaffenpachá, un excelente conocedor del ejército turco y un oficial de gran valor. En esta ocasión se elaboraron una nueva ley de reclutamiento, que reglamentaba el servicio obligatorio general, y una ley sobre el servicio en la reserva, la *herduher* y la *lundsturm*, un Reglamento para la movilización y otras prescripciones»; es preciso añadir á esto una nueva división del imperio, en 364 distritos, lo que exigía levantamientos topográficos muy difíciles. La instrucción moderna de las tropas no pudo efectuarse. El Sultán Abdul Hamid se reservaba el derecho de autorizar los ejercicios, pero esta autorización no se dió nunca. Las tentativas de preparar el Estado Mayor para su actividad práctica fracasaron. En una ocasión se proyectó ejecutar sobre el mapa una maniobra estratégica, teniendo por base una guerra turco-búlgara, y en la cual, el Generalísimo Nacim, muerto recientemente, y Abdüllah-pachá, cuyo nombre se ha citado frecuentemente, debían tomar el mando, el primero del lado búlgaro y el otro del lado

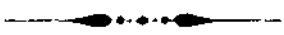
turco. Pero antes que el estudio se pudiese ejecutar en el terreno, se hizo una investigación minuciosa, y gracias á la intervención del General alemán, que consiguió persuadir al Sultán de que no se trataba de una conjura, sino de un ejercicio de los prescriptos en los antiguos Reglamentos turcos. Desde entonces no se volvieron á realizar ejercicios estratégicos. El Sultán se reservaba el derecho de dar órdenes particulares, pero no las dió jamás.

»Después de darme cuenta de que mi misión estaba cumplida, el deseo de volver al servicio de mi patria me decidió á regresar á Alemania. Hace, pues, diecisiete años que he dejado el servicio turco, pero entonces aquel ejército era otro ejército que el de hoy, era el viejo ejército de Abdul Hamed II. Una parte de la prensa europea, especialmente la italiana y francesa, han creído conveniente hacerme á mí el único responsable de los desastres turcos en la guerra de los Balkanes, y de lanzar sobre mi ataques de mala fe. En particular, un periódico italiano ha dicho que soy responsable de la derrota del ala izquierda del ejército turco en la batalla de Lule-Burgas. Yo no me lo puedo explicar cómo esto sea posible viviendo en Rurfurstendamm, en Berlín, y me parece que esto es demasiado exagerar. Pero cuando aparezcan, como yo espero, noticias de la guerra, de origen turco, basadas en documentos oficiales, yo estudiaré con atención la suerte de este ala del ejército turco.»

El feldmariscal refuta en seguida la aserción que la táctica alemana y la instrucción prusiana han hecho fiasco en Kirk Kilisse: «Vana locura. No es solamente á mí y á los oficiales alemanes del ejército turco, es á toda la Alemania á la que se trata de denigrar y envilecer. En varios artículos se ha dicho en substancia: *Los alemanes sufrirán la misma suerte que los turcos en una guerra futura con Francia.* Resulta cla-

ramente de lo dicho anteriormente, que el ejército turco no puede desarrollar la táctica alemana, sino únicamente la táctica turca, á causa de la naturaleza diferente de los hombres. Para que la instrucción prusiana pudiese hacer fiasco, habrá sido preciso que hubiese sido adoptada en el ejército turco, y en eso nadie ha pensado. Además, ninguno de los regimientos modelos instruidos por oficiales alemanes ha tomado parte en la batalla de Kirk Kilisse, y los regimientos modelos que han tomado parte en otras acciones han causado la mejor impresión. Respecto á la inferioridad del material de artillería y del armamento alemanes, creo que no hay que ocuparse después de la batalla, delante de las líneas de Tchataldja, los días 17, 18 y 19 de Noviembre, parece que no se ha manifestado en esta ocasión. El ruido que esto hizo al principio de la guerra, y que encontró eco en la prensa alemana, ha cesado completamente, sin que tenga que dar explicaciones que constantemente se me han pedido. Yo no llego á comprender cómo nosotros, los alemanes, hayamos podido poner en guardia á nuestros probables adversarios, acerca de una depreciación de nuestro armamento y de nuestros métodos de combate. Esto conduce á los mayores desastres, como ya se vió en 1870..... Se debería haber esperado á oír censuras procedentes del lado turco, pero nada se ha publicado que emane de medios competentes. Todos los oficiales alemanes han cumplido sus funciones en el campo de acción muy limitado que se les había asignado. En 1909 se me hizo el honor de ofrecérseme el papel de organizador del nuevo ejército. Por ciertos motivos tuve que declinar esta misión, y no pude colaborar más que dos veces durante algunos meses memorables con mis antiguos amigos y regocijarme de los progresos realizados por las jóvenes tropas. Si se me ha designado en la mitad de Europa como el

corruptor del pobre ejército turco, esto ha enriquecido mi experiencia, esto es, que lo que se llama opinión pública y juicios del mundo, no merecen más que desdén, y que me convengo una vez más que la Historia es realmente una *fábula convenida*, como dijo Napoleón I.



MODIFICACIONES

QUE HA SUFRIDO

EL EMPLEO DE LA ARTILLERÍA DE CAMPAÑA

á causa del cambio del material rígido por el de deformación
provisto de escudos.

INFLUENCIA QUE PODRÁ TENER LA ADOPCIÓN EVENTUAL
DEL CAÑÓN AUTOMÁTICO.

(Memoria premiada con la medalla de oro, en el concurso de la *Rivista
d'Artiglieria é Genio* y publicada en esta Revista.)

PRÓLOGO.

La característica esencial del material de deformación es la supresión del retroceso de una parte del montaje, la cual puede mantenerse casi inmóvil durante la ejecución del fuego aunque sea rápido y prolongado, mientras que la parte móvil que lleva el cañón, por la acción misma del freno que ha limitado el retroceso, vuelve automática y exactamente á su posición inicial.

Como consecuencia principal de la supresión del retroceso, se consigue:

1.º Un gran aumento en la rapidez del tiro, debido á la posibilidad de disparar sucesivamente varias veces, sin que se altere la puntería de la pieza, sin necesidad de rectificarla y á la mayor facilidad de todas las otras operaciones del servicio de la misma, porque permaneciendo los sirvientes inmóviles en su

puesto pueden atender al servicio sin las pérdidas de tiempo que causa el retroceso.

2.^a La posibilidad de seguir un *tiro con puntería indirecta* rápido y exacto; lo que es debido á que la pieza permanece invariable, mientras que con los materiales rígidos era necesario conducir á brazo, después de cada disparo, la pieza á su primitiva posición, lo que constituía una operación larga é inevitablemente inexacta; además, no era posible colocar en los montajes rígidos aparatos de puntería exactos que deberían ser delicados y se estropearían á causa del retroceso, y si se colocaban antes de cada disparo, habría una notable pérdida de tiempo.

3.^a La posibilidad de aplicar siempre á la parte del montaje que permanece inmóvil durante el tiro, los escudos de protección de los sirvientes y poner al costado de la pieza una caja de carro, también provista de coraza, la cual concurre á dar protección al personal y permitir un pronto y abundante municionamiento, sin que los sirvientes tengan que renunciar ni momentáneamente á la cubierta que les protege. Esto no era posible con el material rígido, porque el movimiento de la pieza en el momento del disparo obligaba á los sirvientes á alejarse, y tanto ellos como la pieza se encontraban expuestos al efecto del fuego enemigo.

Examinaremos separadamente las cualidades citadas anteriormente para establecer las modificaciones que ocasionarán en las características de la artillería de campaña y deduciremos las consecuencias que influirán en el empleo del arma.

PRIMERA PARTE.

Características.—Rapidez del fuego.

La gran rapidez del tiro del material de deformación permite una potencia de fuego extraordinariamente superior á la que se conseguía con los materiales rígidos y da la posibilidad de conseguir sobre el enemigo efectos intensísimos. Esto permite concentrar en breve tiempo y sobre un objetivo tal número de proyectiles, que ocasionarán pérdidas gravísimas al enemigo, que le desorganizarán ó le obligarán á resguardarse y á suspender su propia acción, sea de fuego ó sea de movimiento y, por consiguiente, las propias tropas en la ofensiva podrán avanzar sin grandes pérdidas por terrenos en lo que sería difícil y peligroso hacerlo, y en la defensiva podrán prepararse mejor para rechazar los ataques del enemigo. Esta rapidez del fuego impedirá el estacionamiento de las tropas en las zonas descubiertas ó insuficientemente cubiertas y paralizar la acción de la artillería enemiga aunque sea acorazada, impidiendo el municionamiento, el movimiento de los arzones y el establecimiento de piezas para poder dirigir un fuego más eficaz sobre el enemigo y para batir los ángulos muertos.

El aumento de la rapidez del fuego, además, ha puesto á la artillería en condiciones de mejorar su misión sobre el campo de batalla.

En efecto; la potencia del fuego de las armas modernas obliga á los combatientes á un avance muy prudente, aprovechando con el mayor cuidado posible los abrigos y accidentes del terreno, y para pasar zonas descubiertas se ven obligados á adoptar formaciones muy diluidas y á marchar aceleradamente.

Por estas circunstancias serán muy raros los casos en que se presenten ante la artillería blancos muy visibles y que permanezcan suficiente tiempo para que aquélla corrija su fuego, y les bata con el tiro de eficacia. Es necesario, por lo tanto, tener la posibilidad de concentrar rápidamente sobre la tropa enemiga tal potencia de fuego, que en tiempo muy breve la impida conseguir el objetivo que se propone ó, por lo menos, hacer que su avance sea lento y difícil.

Para obtener estos resultados con el material rígido, era necesario concentrar sobre el mismo blanco el fuego de varias baterías, mientras que con el material de deformación, dada la gran rapidez de fuego, basta con el tiro de una batería. Esta, sobre todo, puede corregir el tiro más rápidamente sin aquella pérdida de tiempo que la transmisión de los datos á varias baterías hacía necesario, pudiendo pasar al tiro de eficacia haciendo un número de disparos superior á los que podrían lanzar á igualdad de tiempo un grupo completo de baterías dotadas del material rígido, con la ventaja que el tiro de eficacia de una sola batería pueda corregirse con mayor exactitud que el de varias, por la inevitable confusión que produce el acumularse proyectiles de más de una unidad.

La gran rapidez de tiro permite á una batería que esté batiendo á un blanco determinado y se encuentra de improviso expuesta á un ataque próximo de infantería y caballería enemiga, oponerse á ésta con una sola parte de sus propias piezas, continuando con las otras el fuego contra el primitivo blanco. Siguiendo el tiro con la máxima rapidez, se podrá hacer que la intensidad del fuego sobre el primitivo blanco no disminuya sensiblemente.

La gran rapidez de tiro consiente, como ya se ha dicho, á una sola batería realizar la misión de varias baterías armadas con material rígido, y á igualdad de

tiempo realizar, sucesivamente, varias misiones en lugar de una sola.

Mientras que con el material rígido, para satisfacer las exigencias del combate era necesario poner en acción el mayor número posible de baterías, con el material de deformación bastará á igualdad de frente emplear en la primera fase un número notablemente menor, aumentándolo después sucesivamente, según la importancia de los objetivos que se vayan presentando.

Por último, la gran rapidez del tiro ha dado una importancia excepcional al municionamiento. No solamente ha inducido á modificar la formación orgánica de la batería, disminuyendo el número de piezas y aumentando notablemente el de carros, sino que ha obligado al comandante de artillería de las grandes unidades á ocuparse especialmente del empleo de la columna de municiones. La colocación de ésta al alcance de la batería y la distribución de las municiones á las unidades que están expuestas á mayor consumo, han adquirido una importancia inmensa, porque el consumo de municiones por la unidad más comprometida puede ser tal, que agote en poco tiempo la dotación que marcha con la batería.

Se puede asegurar, sin temor de exagerar, que el comandante de artillería deberá hacer maniobrar con criterio los medios de municionamiento, como hace maniobrar las baterías, para tener, tanto en unos como en otros puntos, posibilidad de desarrollar oportunamente la acción campal.

Empleo de las posiciones cubiertas.

Una de las principales consecuencias de la adopción de los materiales de deformación, es la posibilidad de efectuar el tiro desde posiciones á cubierto,

sin que por ello se pierda de ninguna manera la eficacia.

Con el crecimiento de potencia de las armas de fuego, antes de la adopción de la artillería de tiro rápido, se había sentido la necesidad de dar á la artillería aquella protección que la infantería se procuraba fácilmente con echarse al suelo, con aprovecharse de los abrigos que el terreno presentaba, cavando trincheras, cubriéndose con sacos terreros, etcétera.

Para la artillería, dada la necesidad de no perjudicar la eficacia de su propio fuego, la cosa era bastante difícil y los trabajos de tierra que muchas veces no había bastante tiempo para realizarlos no podían ofrecer, por las exigencias de la puntería, más que un abrigo incompleto para los sirvientes.

La mejor protección para la artillería, es indudablemente, las que ofrecen las cubiertas naturales del terreno. Sobre todo, no presentan al enemigo indicios reveladores, casi siempre inevitables en la construcción de los abrigos artificiales; en segundo lugar, permiten, por lo regular, ocupar la posición y abandonarla á cubierto y, por último, no ligan de ninguna manera la batería al abrigo, como sucede en los abrigos artificiales.

La razón principal que impedía que la artillería se aprovechara de semejantes abrigos era la notable disminución de la eficacia del fuego, sea por la menor exactitud de la puntería indirecta, sea especialmente por la gran lentitud de las distintas operaciones que esta clase de puntería requería, lentitud por la cual el tiro contra blancos en movimiento y visibles repentinamente no daba resultados eficaces y frecuentemente nulos.

La supresión del retroceso, como se ha dicho en el prólogo, ha permitido efectuar el tiro con puntería

indirecta con tal exactitud y rapidez, que se puede emplearlo con resultados normalmente equivalentes á los del tiro directo, y tal vez mejores, cuando se trata de blancos poco individuales. En efecto, para señalar éstos á varios apuntadores del modo de evitar errores y confusiones hay que emplear cierto tiempo; por el contrario, con la puntería indirecta, siendo suficiente que el objetivo sea visto por el capitán de la batería, éste, mejor orientado y provisto de instrumentos perfeccionados, puede determinarlo con mayor rapidez y precisión. Unicamente en algunos casos, como blancos próximos, muy movibles, etc., los resultados de la puntería indirecta podrán ser inferiores.

Las posiciones cubiertas aun con material de deformación presentan indudablemente inconvenientes, principalmente aquéllas que presentan ángulos muertos delante de la posición, y en las que existen dificultades para la transmisión de órdenes cuando los observadores estén lejos de la batería. Pero, como veremos en seguida, los escudos permiten reducir notablemente semejantes inconvenientes, porque, gracias á la protección que proporcionan al personal, será posible, sin exponer las tropas á pérdidas, conformarse con una sencilla desenfilada á la vista, para reducir á un mínimo los ángulos muertos ó la distancia del observatorio.

Por el contrario, las posiciones á cubierto presentan ventajas muy importantes.

Ante todo permiten aumentar mucho una de las características más salientes de la artillería, la posibilidad de obrar por *sorpresa*. Con el material moderno es posible preparar los elementos de tiro sobre un blanco cualquiera, el cual avanzará no creyéndose expuesto al fuego enemigo, al no observar ningún indicio de la artillería enemiga, y de improvviso se en-

contrará sorprendido por un tiro que se corregirá con pocos disparos y luego le cubrirá en breve tiempo de una granizada de proyectiles; y al efecto material de éste se añadirá el efecto moral inevitable de la sorpresa, cuyos resultados pueden ser gravísimos para la tropa que lo sufra.

La desenfilada, oportunamente escogida, no permitirá al enemigo cubrirse de nuestras posiciones, porque se podrá evitar observar el fogonazo, que es otro de los progresos que constituyen el complemento de la invención de la pólvora sin humo. Será, por lo tanto, posible, especialmente en la defensiva, romper el fuego cuando se presente la oportunidad de conseguir resultados notables, como tendremos ocasión de ver al tratar del empleo de la artillería.

Las posiciones cubiertas, cuanto mayor sea la desenfilada, dejan á la artillería siempre disponible, siendo posible colocar las piezas, enganchar los armones, etc., sin que el enemigo pueda aprovecharse de aquellos momentos de crisis para cubrirla de ráfagas mortíferas. No es esto sólo, sino que permiten resolver el gravísimo problema del municionamiento, consintiendo el movimiento á cubierto de los carruajes destinados á transportar las municiones.

La posibilidad de ocupar zonas de terreno más amplias para la colocación de la batería y la adaptabilidad del material á todos los terrenos, aunque se encuentren en pendiente, á causa de la supresión del retroceso y de los otros perfeccionamientos, dan mayores facilidades para la elección de posiciones y permite tener las baterías con mayores intervalos; esto facilita el funcionamiento de la transmisión de las órdenes, dato que en una masa numerosa de baterías que se encontrasen en una zona reducida, es muy de tener en cuenta, pues durante el fuego se produce un

griterio casi ensordecedor, y el numeroso personal que se emplea en transmitir órdenes dificulta el mando y entorpece el funcionamiento de los teléfonos, ocasionándose frecuentemente errores en el empleo de señales y en el buen servicio de las piezas.

En los presentes tiempos no sucederá lo que aconteció muchas veces en la guerra del 70, en la que los alemanes, que tenían una proporción de artillería inferior á la actual, no siempre pudieron emplear todas sus baterías por falta de espacio suficiente.

La artillería en posiciones cubiertas está menos sujeta al agotamiento producido por el combate; el personal expuesto á menores peligros, sustraído á las emociones del campo de batalla, puede acudir con mayor calma y exactitud á las diferentes operaciones del servicio de la pieza y, por lo tanto, el tiro resultará preciso y eficaz.

Otra consecuencia del empleo de las posiciones cubiertas es que los efectos del tiro contra la artillería desenfada no podrán ser, por lo regular, comprobados. Las baterías enemigas que por haber sido batidas cesaran sus fuegos podrán no quedar en absoluto fuera de combate, y en este caso entrarán nuevamente en acción en la primera ocasión favorable. De aquí la mayor importancia de asignar á la vigilancia del campo de batalla un cierto número de baterías para paralizar la acción de la artillería enemiga que reanude el fuego ó, por lo menos, disminuir la eficacia contra nuestras tropas en los momentos más importantes que preceden al asalto.

En conclusión, con materiales de deformación, la protección dada por el terreno confiere mayor eficacia y mayor continuidad de acción á la batería, y más todavía que evitar las propias pérdidas, dan la posibilidad de causar las mayores al enemigo.

Escudos.

La adopción de los escudos ha permitido completar la protección que con la desenfilada se puede dar á las baterías y ha permitido que la artillería, en toda clase de circunstancias, responda á las exigencias del combate, pudiéndose cubrir para dar apoyo eficaz á la infantería y colocarse á pequeñas distancias de las tropas adversas.

Los escudos ofrecen á los sirvientes una protección casi completa contra el tiro de fusilería y el tiro de tiempos de la artillería enemiga, á menos que los disparos no procedan de dirección muy oblicua.

Para poder ofender eficazmente una artillería acoirazada es necesario batirla con tiro á percusión realizado con precisión, para poder dar de lleno en el material.

Ahora bien, resulta de los datos deducidos de la experiencia de polígono que esta clase de tiros á ciertas distancias tienen una probabilidad muy escasa de obtener los efectos necesarios para poner fuera de combate una batería, aunque esté completamente á descubierto, siendo preciso para conseguir algún resultado gastar una cantidad enorme de municiones. Se puede añadir que la precisión de tiro práctica que se puede obtener en el campo de batalla es muy inferior á la que se obtiene en los polígonos, donde el fuego de una sola pieza que tira contra un blanco es notablemente muy distinto del que puede realizar el conjunto de los cañones de una batería, entre los cuales habrá inevitablemente diferencias, sea en el tiro sea en la puntería, y, por último, aunque se haya determinado la distancia exactamente, el tiro normal no quedará centrado.

Teniendo en cuenta todo esto, así como la emoción del personal y las inevitables causas que en el campo

de batalla perjudican la regular ejecución del tiro, se puede calcular que, contra una batería enemiga al descubierto y bien visible, la probabilidad de obtener un impacto directo en una pieza es muy pequeña á las distancias entre 2.500 y 3.000 m. y que el consumo de municiones no corresponderá á los resultados obtenidos.

Y naturalmente, el consumo es tanto mayor cuanto que la situación táctica impone la necesidad de obtener resultados lo más pronto posible, porque en tal caso, no disponiendo de suficiente tiempo para conseguir una corrección perfecta, es necesario lanzar sobre el blanco un número de proyectiles mayor.

Además, bastará que una batería se cubra con cualquier abrigo ó se disponga de manera que sea difícil la exacta corrección del tiro (lo que se conseguirá fácilmente en casi todos los terrenos á no ser que sean completamente descubiertos) para que la artillería adversaria tenga que consumir un gran número de proyectiles antes de conseguir para su fuego aquella precisión indispensable en el tiro de demolición; se puede, pues, concluir que, excepto á las pequeñas distancias, una batería acorazada tiene poco que temer de la artillería enemiga.

En las posiciones desenfiladas, en las cuales no es posible, por lo regular, obtener suficiente precisión del tiro á percusión, la artillería no está sujeta más que al tiro de tiempos, del cual están completamente resguardados los sirvientes con los escudos.

En estas posiciones, los escudos pueden también permitir, sin grandes inconvenientes, la reducción de los intervalos entre las piezas, pudiéndose, en consecuencia, aumentar los intervalos entre las baterías con el fin de facilitar la transmisión de las órdenes y la elección de los observatorios, de tal manera, que no sean un obstáculo para la realización del tiro ni corran el peligro de ser ofendidos por él.

Para la artillería no acorazada, las ametralladoras constituyen un gravísimo peligro, porque estas armas ligeras, transportadas en la espalda y fraccionadas entre las fuerzas de infantería, de las cuales no se distinguen fácilmente, puede establecerse á cubierto á distancia eficaz de tiro de las baterías enemigas y romper por sorpresa un fuego destructor con la posibilidad de poner fuera de combate en pocos instantes gran parte del personal antes que ésta pueda dirigir el fuego sobre las ametralladoras. Los escudos protegen eficazmente á la artillería contra el fuego de las ametralladoras y permiten seguir un tiro tranquilo y bien corregido contra aquéllas reduciéndolas prontamente al silencio.

Los escudos aumentan algo el peso de la pieza, pero el aumento no influye sensiblemente en su movilidad.

Tampoco hacen á la artillería desenfilada más visible, porque el color que se les da les asemeja á la nube de humo y polvo que se levanta en el momento del disparo y que tarda en desaparecer cuando se hace fuego rápido, y de todas maneras los escudos no son más visibles que los sirvientes que circulan alrededor de las piezas en los materiales que no los poseen.

Los escudos permiten, además, realizar sin exponerse á muchas pérdidas, los movimientos á brazo necesarios para conducir las piezas desde una posición desenfilada al límite de la masa cubridora con objeto de batir los ángulos muertos de delante de la posición y también para retirarse de una posición descubierta.

La protección que los escudos dan al material en todos los terrenos le dejan mucha libertad de acción, mientras que los abrigos del terreno, naturales ó artificiales, le ligan inevitablemente á él.

Si se tiene en cuenta que una artillería no acorazada, sometida á un fuego eficaz del enemigo, bajo la impresión del peligro, su personal no pone el debido

cuidado en las delicadas operaciones de la puntería y de la graduación de las espoletas, haciendo el tiro inexacto y poco eficaz, y que la misma excitación tiende á llevar el fuego á su mayor intensidad aunque no sea necesario, con lo que se gastan municiones sin conseguir los efectos deseados, se comprenderá la necesidad de la protección. Los escudos, aun bajo el fuego enemigo, permiten evitar todo esto; los sirvientes próximos á la pieza no piensan en abandonarla, como sucedió algunas veces en la guerra ruso-japonesa, para acercarse á un abrigo contra los efectos del fuego enemigo.

En conclusión, los escudos permiten á la artillería cooperar mejor á la acción en la batalla, sostener más rigurosamente la ofensiva y acelerar la decisión de la lucha; en una palabra, aumentan eficazmente el espíritu ofensivo del arma.

Los abrigos fijos ligan los combatientes al terreno, arrastran siempre hacia la guerra de posiciones y á la defensiva; por el contrario, los abrigos móviles, no vinculando los movimientos de los combatientes y desdefiando los disparos enemigos, aumenta el ánimo de afrontarlos y desarrollan el espíritu ofensivo.

Es prueba evidente de esto que, en el empleo de la artillería, tanto rusa como japonesa, en la última guerra del Extremo Oriente, la falta de los escudos ha hecho que el empleo de aquel arma fuese extremadamente prudente después de la experiencia de las graves pérdidas sufridas en los primeros encuentros; las baterías adversarias se mantenían á cubierto á grandes distancias unas de otras; se verificaban largos cañoneos con resultados muy escasos y tal vez nulos; el concurso de la artillería fué notablemente inferior á la que hacía esperar la potencia del material, y la decisión de los combates generalmente se retrasaba ó era debida sólo á la acción de la infantería.

El General ruso Nichtcenkov sostiene la necesidad de los escudos aun en las posiciones desenfiladas y afirma, además, deducido de la guerra ruso-japonesa, que hacían á las baterías más maniobreras. Por el contrario, las baterías rusas, privadas de escudos, se vieron obligadas á construir abrigos de tierra para evitar las pérdidas, y acabaron por ligarse al terreno. Los abrigos se hacían, por lo regular, cavando, procurando ocultar al enemigo la tierra removida, pero de esta manera se aumentaban los ángulos muertos y se disminuían las probabilidades de poder tirar por encima de sus propias tropas.

La falta de escudos obligaba á las baterías rusas á buscar la desenfilada completa, aunque se presentaban los notables inconvenientes que hemos señalado en el prólogo.

La necesidad de una protección contra el tiro enemigo se dejó sentir tanto en la artillería rusa que, según afirma el coronel Sliusarenko, que tomó parte en toda la campaña, muchas baterías recurrieron á sacos de víveres llenos de tierra, y en algunas ocasiones se sacaron las municiones de los carros y se colocaron éstos á los costados de las piezas para librarse de los balines de los shrapnels.

El teniente coronel Kuriak improvisó con chapas de 2'5 á 3 mm. de grueso escudos de circunstancias para su batería, gracias á las cuales, y á pesar de la situación crítica en que se encontró en la batalla del Sha-ho, sufrió únicamente pequeñas pérdidas.

El 12 y el 14 de Octubre de 1904, que se batió al descubierto, causó grandísimas pérdidas á la artillería japonesa sin que tuviese más que muy pocos hombres fuera de combate; el 13 de Octubre fué batido con granada ordinaria, pero ningún proyectil chocó de lleno con el material, y los escudos detuvieron fácilmente los cascos de los proyectiles.

También los japoneses usaron con resultados excelentes escudos de circunstancias en varias baterías, y un comandante de batería declara que el sentimiento de seguridad producido al ver disminuidas las pérdidas, aumentó notablemente la moral de los artilleros.

Los escudos tendrán gran importancia en las llanuras cubiertas de vegetación, en las cuales, por el limitado campo de tiro á la vista que, generalmente, se tendrá, las baterías tendrán que colocarse á distancias no muy grandes del enemigo y estarán sujetos á los fuegos imprevistos, tanto de la infantería como de la artillería. Los escudos podrán sustraer al personal de ambos fuegos y, mediante la vegetación, se podrá evitar el único tiro verdaderamente peligroso, que es el de desmonte ó, por lo menos, disminuir sus efectos, colocándose de manera de evitar la corrección del tiro. La artillería acorazada podrá apoyar efectivamente á la infantería adelantándose impunemente hasta las menores distancias de las primeras líneas del enemigo para batirlo con la máxima intensidad y potencia de fuego, y el avance á semejantes distancias será posible, porque las cubiertas vegetales la ocultará fácilmente de la vista del enemigo.

*
* *

En conclusión, los escudos y el empleo de las posiciones á cubierto constituyen en la actualidad una protección tal á la artillería que neutralizará y aun se sobrepondrá á los efectos de una artillería más poderosa, á menos que se encuentren nuevos procedimientos de destrucción.

(Se continuará.)



EL COMBATE DE AEROSTATOS Y AEROPLANOS

(Traducido de la *Kriegstechnische Zeitschrift*
für Offiziere aller Waffen.)

En las noticias de la prensa francesa y aun en el *Reichstag*, en las discusiones sobre la organización del ejército, se ha llegado á decir que el alto mando francés, en caso de guerra, enviaría inmediatamente sus dirigibles y aeroplanos para destrozar los puentes, los hangares, las estaciones de los ferrocarriles, túneles, etc., y, por lo tanto, la movilización y el avance del ejército alemán se vería perturbado en mayor ó menor grado.

Respecto á este asunto, y hasta que se realicen mejoras técnicas, únicamente discutiremos la posibilidad mayor ó menor de que aquella destrucción se verifique.

Para batir los aparatos aéreos se emplean las armas de fuego portátiles, las ametralladoras y los cañones.

Acerca de la eficacia de los fusiles contra los aeroplanos, la prensa trajo una noticia de la guerra italo-turca, en la cual, un aeroplano que se empleaba en el servicio de reconocimiento, á consecuencia de los disparos sufrió deterioros en el motor, y únicamente con gran trabajo pudo escapar de los árabes. También se

puede obtener algún efecto con las armas portátiles contra dirigibles á las distancias medias y cercanas. El pequeño efecto de los disparos aislados hay que compensarlo con el de los fuegos de masa.

Es muy ventajoso en la defensa, mediante armas de fuego portátiles, ejecutar un fuego con el que se pueda seguir los rápidos movimientos del blanco, siendo indispensable el empleo del telémetro. Respecto á la manera más sencilla de corregir el tiro, el comandante de infantería francesa, Renard, jefe de la Escuela de Tiro, dice en el *Journal des Sciences Militaires* que es recomendable la pronta ruptura del fuego.

La eficacia de las armas portátiles de fuego contra las máquinas voladoras del porvenir será muy limitada á causa del acorazamiento. En la Exposición general de aerostación de Berlín figuró ya un dirigible con una coraza de 2 mm. de espesor, que protegía el sitio de los conductores, del motor, de los instrumentos y mecanismos de dirección. El aerostato fué sometido á un tiro con el fusil de la infantería alemana á una distancia de 250 m.; en la coraza sólo se produjo una ligera aboyadura, ningún proyectil llegó á atravesar la coraza.

Los barcos aéreos pueden ser batidos por cañones pertenecientes á la artillería de campaña ó de la artillería á pie, y más especialmente con piezas destinadas para el tiro contra globos montados en automóviles. Estos tienen la ventaja de que, como están contruidos con este objeto, su empleo es más seguro y rápido, pero no pueden ser empleados en todas partes.

Los cañones, con un disparo afortunado, son muy eficaces contra los aerostatos y los movibles aeroplanos, y aún más los cañones proyectados para este fin, pero sus procedimientos de tiro no son de ninguna manera fáciles. La determinación de la distancia, la medida de la velocidad del aerostato, el conocimiento de

la fuerza del aire, el cálculo del tiempo, todo esto es necesario para poder batir eficazmente esta clase de blancos.

Estas dificultades de la práctica del tiro se encuentran aumentadas en el caso presente, pues mientras en el mar y en tierra los blancos solamente se mueven en dos direcciones, en el aire las máquinas voladoras se desvían en una tercera, es decir, en altura.

El *Victoria Luisa* alcanzó con 14 personas y 1.000 kilogramos de balasto, una altura de 1.000 m. en cuatro minutos sin arrojar balasto, y únicamente por la fuerza del motor. Se puede calcular, en el estado actual de la artillería, que se necesita medio minuto para las operaciones de apuntar y llegar el proyectil á un globo á una altura regular, de modo que los puntos de explosión de los shrapnels queden 125 m. de blanco. También hay que tener en cuenta algunos casos desfavorables en que los balines de los shrapnels queden por encima del globo y, por lo tanto, las explosiones no producirán efecto alguno.

La fuerza ascensional de un aeroplano es mucho menor, pues en experiencias realizadas se ha visto que para elevarse á 500 m. se necesitan cinco minutos. Este inconveniente queda compensado con la pequeñez de los blancos y su extraordinaria velocidad.

Haremos notar que las cifras anteriores no están bien comprobadas, y que en la actualidad se han consignado grandes progresos en las alturas de ascensión, y que estos progresos seguirán en lo sucesivo.

Los globos y los aeroplanos se sustraen de los fuegos enemigos, pero no en esta facilidad reside su fuerza principal. Las dificultades para la conducta del fuego residen, especialmente, en que los blancos para los ejercicios no se pueden establecer fácilmente. La táctica de variaciones de altura y los ejercicios de puntería son difíciles de realizar, y cuando se emplean

como blancos máquinas voladoras económicas, los resultados no son asimilables á los tiros reales.

Tampoco se pueden obtener, en breve tiempo, oficiales y soldados suficientes para que practiquen ejercicios para dirigir el fuego con seguridad. Particularmente en las fortalezas, donde residen los jefes de las baterías contra globos, suelen faltar oficiales de activo servicio, y únicamente existen oficiales modernos que los puedan dirigir. Y, por lo tanto, se dificulta el batir aquella clase de blancos que únicamente, mediante el conocimiento y la práctica debe encontrarse el medio de llegar á una rápida solución, en fracciones de minuto, y sin costosas pérdidas de tiempo.

Con la mayor elevación, todas aquellas dificultades aumentan, especialmente en el tiro de las armas portátiles, y suben de tal manera de punto, que llegan á la imposibilidad; amigos y adversarios no se diferencian, y los preparativos para batir los aerostatos exigen un tiempo suficientemente largo. En los globos la puntería es muy difícil, si no imposible, y los aeroplanos son completamente invisibles á las grandes distancias.

Las dificultades para batir máquinas aéreas aumentan, si se tiene en cuenta que rara vez operarán de día y que aprovecharán la obscuridad de la noche; especialmente los dirigibles, con sus excelentes motores, pueden operar perfectamente de noche.

En el tiro contra globos ocurre con frecuencia en la guerra la posibilidad de dañar las propias tropas.

Estudiando la poca eficacia de los fuegos desde tierra contra globos y aeroplanos, hay que llegar á deducir que debe hacerse algo análogo á lo que sucede en el mar, es decir, oponer á las flotas aéreas flotas de igual naturaleza.

Y respecto á los temores de que nuestras tropas puedan ser perturbadas en la concentración ó avance,

que nuestros puentes, hangares y almacenes sean destruidos, que nuestros túneles puedan ser destrozados, todo esto se puede considerar misión del porvenir, pues nosotros opondremos á las flotas aéreas flotas de análoga naturaleza, y para evitar la posibilidad de estas destrucciones durante la obscuridad de la noche, organizaremos patrullas aéreas nocturnas.

La estrategia, la táctica y los dispendios para estos asuntos, justifican en todo caso una experiencia.

